

Las prendas de María A. A.
Mar Caldas

En *Las prendas de mi historia*, María A. A. se presenta al público delante de un cordel con pinzas, a modo de tendal, como única escenografía. Las prendas de ropa que lleva puestas son un vestuario que se va convirtiendo en atrezo, según se las va quitando. Prendas que cobran objetualidad al ser colgadas del tendal, sucesivamente, mientras ella desgrana su historia personal.

Una historia contada a retazos y sin seguir un orden cronológico, con constantes idas y venidas en el tiempo. Y es que cada prenda sirve de estímulo para recordar recuerdos, etapas de su vida, sensaciones. Si *En busca del tiempo perdido*, Proust se vale del poder evocador de una magdalena para regresar a la infancia, María A. A. se sirve de cada prenda para volver sobre fragmentos de su vida.

Al hilo de la narración, su historia personal queda entrelazada con la historia colectiva. Así, a través de esa microhistoria, el público puede situarse en la España de los años 70 dividida entre el conservadurismo y el progresismo, percibir los diferentes esquemas mentales y condiciones socio-culturales entre los contextos urbano y rural, o reflexionar sobre las desigualdades sociales por cuestiones de género o de práctica sexual.

Pero si María consigue activar la conciencia del espectador, es porque no habla neutralmente de hechos sino que reflexiona críticamente, plasmando una visión del mundo y un modo de posicionarse en él.

Al trasladar sus pensamientos y elecciones de vida, queda perfectamente ilustrada la proclama feminista de que "lo personal es político": en su rechazo de la vestimenta "femenina" y los comportamientos inculcados; al identificarse con la rama emprendedora y creativa de su familia, frente a la más conformista y tradicional; en su apuesta por un arte no comercial y el desempeño, paralelo, de trabajos alimenticios; al dejar el centro (Sevilla) e irse a vivir a la periferia (Triana) entre una comunidad de obreros, artistas y gays; al apreciar los valores de vecindad y comunicatividad frente a las reglas de etiqueta y las convenciones burguesas; en su negativa a ejercer el, entonces, privilegio heterosexual del matrimonio y optar por hacerse "pareja de hecho", etc.

Y esta forma de vida que implica un desafío a la conducta razonable y al modo de pensamiento corriente, María la relata sin "discursar" ni aleccionar; en sus gestos y en sus palabras no hay altisonancia ni gravedad; por el contrario, habla de "tú a tú", es todo empatía, como presuponiendo la afinidad del público, como quien habla a un amigo.

Si estas características la distancian del habitual "arte político", no menos la alejan del típico ritual performático con sus gestos hieráticos y comedidos, seriedad, frialdad, automatismo, escasa entonación, inexpresividad, etc. Un modo de interpretación actoral que produce en el espectador una separación, una neutralización del afecto, a la vez que lo disuade de la participación espontánea y manifiesta.

En su performance, María parece estar dialogando con el público, a veces se dirige directamente a un espectador, a menudo emplea un tono cómico que provoca risa y, en general, una naturalidad que quiebra la distancia representativa entre espectador y "obra".